



**ESTÉTICA Y ASCÉTICA: EL ESPÍRITU Y LAS VIRTUDES**  
***AESTHETICS AND ASCETICISM: SPIRIT AND VIRTUES***

RICARDO PIÑERO MORAL  
*Universidad de Navarra*

Recibido: 14/01/2022

Aceptado: 27/04/2022

RESUMEN

En el siglo IV entre los Padres del Desierto se desarrolla una práctica espiritual cuyo fundamento está en la ascesis como vía de encuentro con Dios. Entre los cristianos que abandonan las grandes urbes se fueron constituyendo una serie de comunidades que van adoptando una forma de vida retirada que persigue establecer una relación directa con la divinidad gracias a una delicada tarea que compagina, por un lado, la búsqueda en la interioridad de una armonía con Dios, y, por otro, un habitar la creación desde la perspectiva de ser una criatura salida de las manos de Dios mismo. En la soledad, en el silencio y en la quietud tendrá lugar un proceso de iluminación que revela toda una serie de perfiles éticos y estéticos originarios que hacen que el ser humano pueda soñar con alcanzar la plenitud de una vida buena, de una vida que aspira convertirse en reflejo de la justicia, de la paz y del amor de Dios.

*Palabras clave:* Estética, ascética, virtud, oración, hesicasmos, Padres del desierto.

## ABSTRACT

In the 4th century, a spiritual practice developed among the Desert Fathers, based on ascetism as a way of encountering God. The Christians who leave the big cities formed a series of communities that are adopting a retired way of life and seeks to establish a direct relationship with the divinity, thanks to a delicate task that combines, on the one hand, the search in the interiority of harmony with God, and, on the other, an inhabiting creation from the perspective of being a creature out of the hands of God. In solitude, silence and stillness a process of illumination will take place and reveals a whole series of original ethical and aesthetics profiles that human beings dream of reaching the fullness of a good life, or a life that aspires become a reflection of justice, peace and love of God.

*Keywords:* Aesthetics, ascetics, virtue, oration, hesycasm, Desert Fathers.

## I. REGRESO A LO ORIGINARIO: A LA BÚSQUEDA DE LO TRASCENDENTE

Ya no está en la mentalidad de nuestra época esa búsqueda de lo originario que llevó a algunos seres humanos a retirarse a lugares apartados<sup>1</sup> desde los que re-ordenar su existencia, desde los cuales re-pasar las cuestiones básicas de la vida, desde los cuales re-habi(li)tar un encuentro con lo trascendente<sup>2</sup>. Desde los primeros tiempos del cristianismo se constata una vía de meditación y reflexión que descubre en la vida apartada de las grandes ciudades un *locus* en el que despejar de toda contaminación visual y acústica el cuerpo y el alma. Si retrocedemos en el tiempo podemos degustar el ejemplo que Evagrio Póntico<sup>3</sup> (345-399) nos dejó con su vida y con sus obras, unas palabras que siguen hablando en profundidad al corazón del ser humano, que siguen siendo reflexiones lúcidas sobre las relaciones entre lo divino y lo humano, que siguen despertando el ánimo ahora tan adormilado por el bombardeo constante de estímulos de una sociedad instalada en los bienes, no en el bien; ornamentada con multitud de objetos técnicos, no con la hermosura; regulada por los intereses económicos y

1 Cf. William Harmless, *Desert Christians* (New York: Oxford University Press, 2004).

2 Cf. Ricardo Piñero Moral, *Vivir en Belleza* (Madrid: Sindéresis, 2021), 61-102.

3 Cf. Wilhelm Frakenberg, *Euagrius Ponticus* (Berlin: Weidmannsche Buchhandlung, 1912); Paul Géhin, “Les développements récents de la recherche évagrienne”, *Orientalia Christiana Periodica* 70 (2004): 103-125; y Enrique Contreras, “Evagrio Póntico: su vida, su obra, su doctrina”, *Cuadernos Monásticos* 11 (1976): 83-95.

políticos, pero que ha dejado de lado a la inmensa mayoría de los hombres que viven en el planeta.

Evagrio no es un solitario ni un antisocial ni un masoquista ni un bicho raro, sino alguien que sabe que, en la soledad, la voz de Dios resuena con más dulzura; alguien que no huye de sus semejantes, sino que aspira a formar su cuerpo, su mente y su espíritu; alguien que no busca el dolor por el dolor, sino que encuentra en la ascesis<sup>4</sup> una vía luminosa que, mucho más allá del mero autodomínio, propicia la entrega. No, Evagrio no es un bicho raro, aunque decida vivir en el desierto<sup>5</sup>: no es un reptil ni una alimaña, sino un ser que tiene la evidencia de que ‘sólo Dios basta’... “Fue, y sigue siendo, el maestro de la oración por excelencia en la tradición griega-cristiana”<sup>6</sup>.

Lo poco que sabemos acerca de su vida proviene de algunas fuentes cercanas como el testimonio de su discípulo Paladio quien convivió bajo su magisterio en las *Kellia* de Egipto. Prácticamente todos los estudios biográficos arrancan de la *Historia Lausiaca*<sup>7</sup> aunque entre los estudiosos como Bunge<sup>8</sup> o Draguet<sup>9</sup> no se han esclarecido todas las cuestiones importantes y algunos temas siguen siendo objeto de controversia<sup>10</sup>. En 345 o 346 nace “en Iborá, en el Ponto, era hijo de un obispo auxiliar. San Basilio, obispo de la Iglesia de Cesarea, lo ordenó lector. Después de la muerte de san Basilio, Gregorio de Nacianzo, sabio obispo y hombre en extremo imparable, ... habida cuenta de las raras aptitudes del joven lector, lo ordenó diácono. Luego, en el gran concilio de Constantinopla (IIº ecuménico, 381), lo confió al obispo Nectario, pues era Evagrio muy hábil en la dialéctica para hacer frente a toda suerte de herejías”<sup>11</sup>.

Gregorio Nacianceno<sup>12</sup> recuerda en su testamento que había compartido muchas peripecias vitales y que juntos habían superado muchas circunstancias

4 Cf. Robert E. Sinkewicz ed, *Evagrius of Pontus. The greek ascetic corpus* (New York: Oxford university Press, 2003).

5 Cf. Lucien Regnault, *La vie quotidienne des Pères du désert en Égypte au IVe siècle* (Paris: Hachette, 1990).

6 Augustine M. Casiday (ed), *Evagrius Ponticus* (London: Routledge, 2006, 3).

7 Cf. Palladius, *Historia Lausiaca* (edición de Cuthbert Butler, *The Lausiaca History of Palladius*, Cambridge: Cambridge University Press, 1898). La traducción española es de León E. Sansegundo, *Paladio, El mundo de los Padres del Desierto* (Madrid: Studium, 1970).

8 Cf. Gabriel Bunge, “Palladiana. I. Introduction aux fragments coptes de l’Histoire Lausiaque”, *Studia Monastica* 32 (1990): 79-129.

9 Cf. René Draguet, “L’Histoire Lausiaque: une oeuvre écrite dans l’esprit d’Évagre”, *Revue d’Histoire Écclésiastique* 41 (1946): 321-364; y 42 (1947): 5-49.

10 Cf. René Draguet, “Butler et sa Lausiaca History face à un ms. de l’édition, le Wake 67”, *Le Muséon* 63 (1950): 205-230.

11 *Historia Lausiaca*, § 38.

12 Cf. Kevin Corrigan, *Evagrius and Gregory* (Farnham: Ashgate, 2009).

y alguna que otra pena y preocupación, y que siempre su comportamiento había sido benevolente. Lo cierto es que en compañía de autores como los citados – Basilio<sup>13</sup>, Gregorio... – no es de extrañar que su formación fuera excelente y que, además, no se ciñera a cuestiones teológicas, sino también, literarias, filosóficas e incluso matemáticas. Tras su paso por Constantinopla sus deseos de lograr una mayor profundidad en la vida interior le llevan a Jerusalén porque se plantea llevar vida monacal. Una enfermedad le hace tener una convalecencia de seis meses en los que acierta a entrever cómo la vida monástica puede ser su mejor camino de purificación. De allí se dirige a Egipto.

Su viaje a Egipto no es una huida, no es una salida negativa, sino una vía afirmativa, un camino de luz, un proyecto de encuentro en el que el ‘destierro’ no es un castigo, sino la condición de posibilidad de una opción vital plena. Rufino le impone el hábito monástico y se encaminará al desierto de Nitria donde pasará sus dos primeros años. Este tiempo era una especie de preparación para poder emprender una vida en soledad, que llevará a cabo en las *Kellia*. En las Celdas hay otros monjes que comparten su ideal de vida y que luchan por encontrar un sendero en el que ser hombres de Dios. La tentación del poder y la fama estuvieron presentes en su vida y gracias a su valía Teófilo pensó en él como un excelente candidato al episcopado de Tmuis, pero en lugar de aceptar se refugió en Palestina.

Estuvo en el desierto catorce años en los que se convirtió en un alma cuya delicadeza y finura, cuya fortaleza y prudencia, cuya sabiduría y mansedumbre le llevaron a ser, a nuestro juicio, un verdadero “filósofo del desierto”<sup>14</sup>, tal vez el más profundo, tal vez el más cercano, tal vez el más lúcido. Su misión siempre fue dar a conocer la palabra de Dios siendo él mismo un ser acogedor; su tarea fue mostrar la misericordia siendo él misericordioso con sus hermanos y con todos los que iban a visitarle; su vida callada le permitió engendrar no sólo una producción amplia sino muchos hijos espirituales<sup>15</sup> que acudían a escuchar sus pensamientos, que esperaban y obtenían de él el consuelo y la orientación en sus luchas y combates, haciendo de su vida su mejor obra.

Por lo que respecta a la exposición sobre el conjunto de su obra consideramos que no hay mejor síntesis que la que Antoine y Claire Guillemont realizan

13 Cf. Philip Rousseau, *Basil of Caesarea* (Berkeley: University of California Press, 1994).

14 Cf. Antoine Guillaumont, “Un philosophe au désert: Évagre le Pontique”, *Revue d’Histoire des Religions* 181 (1972): 29-56; y la monografía que lleva el mismo título que el artículo *Un philosophe au désert: Évagre le Pontique* (Paris: J. Vrin, 2004) en la que nos ofrece una síntesis de la vida, obra y el pensamiento de uno de los pensadores más importantes del siglo IV.

15 Cf. Gabriel Bunge, *La paternità spirituale nel pensiero di Evagrio* (Magnano: Qiqajon, 1991).

en el *Dictionnaire de spiritualité ascétique et mystique*<sup>16</sup>. Allí encontramos catalogados los trabajos del filósofo del desierto en tres grandes bloques. En el primero encontramos las obras más importantes que ya habían sido objeto del análisis de historiadores de la talla de Sócrates de Constantinopla en su *Historia eclesiástica*<sup>17</sup> y Genadio de Marsella en el capítulo undécimo de *De Scriptoribus Ecclesiasticis*<sup>18</sup>. Entre ellas está lo que podría considerarse una trilogía compuesta por el *Tratado práctico*, el *Gnosticós* y los *Capítulos gnósticos*. Esta tríada responde a lo que podrían considerarse los tres niveles de la vida espiritual.

El *Tratado práctico* se compone de cien capítulos breves, como si fueran sentencias para la meditación condensadas. La clave reside en asentar la vida interior, y para ello se muestra la lucha que ha de emprenderse contra los ocho malos pensamientos, pecados capitales, con el propósito de dominar el espíritu y hacerlo gozar de la impasibilidad. Se trata pues, en esencia, de combatir el pecado para llegar a la gracia, que se revela en un estado de quietud. En el *Gnóstico*, del que sólo se han conservado algunos fragmentos, nos encontramos con cincuenta capítulos. Se percibe que es un libro para personas ya iniciadas, que ya conocen, que ya saben y se dirigen hacia la contemplación. Además, éstos que ya saben, pueden enseñar a otros, de ahí su enfoque didáctico. Y con los *Capítulos gnósticos* se cerraría esta trilogía. Esta obra se compone de seis secciones de noventa capítulos y es, sin duda, el texto clave para llegar a entender la visión teológica de Evagrio. Tiene un marcado carácter filosófico y algunos de sus pasajes son crípticos, por lo que no siempre resulta fácil su interpretación y ha podido llevar a ciertos errores.

Este primer bloque comprende también otros textos como el *Antirrheticos*, que es un programa de combate de los ocho malos pensamientos tomando como munición los textos de la Biblia, para que se ponga de relieve que no hay mejor arma que la Palabra de Dios para vencer al Enemigo. Sus casi quinientas citas bíblicas son el mejor arsenal. También nos encontramos con *A los monjes* y la *Exhortación a una virgen* en los que el tono teológico se hace ahora más suave, más dulce y menos severo, más cercano y fraternal. Y se incluyen también algunas cartas (sesenta y cuatro) en las que se destilan algunos de los principios de las enseñanzas de Evagrio.

El segundo conjunto de textos está formado por escritos que no son mencionados por los historiadores citados y entre ellos podemos destacar *Las bases*

16 (Paris: Beauchesne, 1961) Vol 4, col. 1731-1744.

17 Cf. Socrate de Constantinople, *Histoire ecclésiastique* (Paris: Cerf, 2006), vol. IV, 23 [PG 67, 516 B-C].

18 Cf. Gennadius, *Script. Eccl.* 11 (PL 58, 1066-1067).

*de la vida monástica* y tres colecciones de *Sentencias*. Aparecen con ellos comentarios exegéticos en las denominadas *Cadenas* (escolios a los Proverbios, al Eclesiastés, sin olvidar los libros de Job, el Génesis, los Números, los Reyes, el Cantar de los Cantares, el evangelio de Lucas y, el más interesante, el comentario a los Salmos).

Al tercer bloque pertenecen una serie de obras que han sido atribuidas a otros autores, especialmente a Nilo de Ancira<sup>19</sup>, con el propósito de salvarlas de la desaparición en el fuego porque, tal vez, podían contener algunos aspectos doctrinalmente problemáticos<sup>20</sup>. Entre ellas citaremos el *Tratado al monje Eulogio*, el *Tratado de los diversos malos pensamientos* y el *De los ocho espíritus de la malicia*. Pero la obra más importante es, sin duda, el tratado *Sobre la oración*. Completan su producción los *Skemmata*, que son reflexiones y sentencias sobre temas ya abordados en otros escritos, y tres series de *Sentencias* y un opúsculo titulado *Maestros y discípulos*. Desde luego, no es nuestro propósito dejar fijadas todas las fuentes ni todas las obras atribuidas a Evagrio, sino solamente presentar su figura de un modo tal que al lector contemporáneo le dé una imagen certera de la relevancia y la profundidad filosófica y teológica de un autor al que ha perseguido la polémica durante siglos y siglos. Nuestro objetivo es otro: adentrarnos en su pensamiento estético cuyo origen está en una filosofía en la que la ascesis es todo un método para conducirnos hacia la plenitud de la experiencia de Dios.

## II. ENTRE LA ASCESIS Y LA ‘AÍSTHESIS’: LA ORACIÓN DE QUIETUD

Resulta difícil hablar hoy de la necesidad de la ascesis a una sociedad en la que impera el hedonismo. Pero los tiempos geopolíticos en los que vivieron los Padres del Desierto no fueron tampoco sencillos ni serenos, precisamente. En el siglo IV la estética<sup>21</sup> se asocia a la búsqueda de una experiencia cuyo centro eminente es la belleza. La Ética era y sigue siendo una disciplina filosófica orientada al estudio del bien, al discernimiento entre el bien y el mal. Ambas tienen como punto de encuentro la acción humana, una acción que no es ajena

19 Cf. Friedrich Degenhart, *Der heilige Nilus Sinaita* (Münster: Aschendorff, 1915); y *Neue Beiträge zur Nilus-Forschung* (Münster: Aschendorff, 1918).

20 Cf. Pierre Augustine, “Note critique sur deux traités d’Évagre”, *Revue des Études Augustiniennes* 39 (1993): 203-213.

21 Cf. Edgar de Bruyne, *Historia de la Estética* (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1963), vol. II, segunda parte.

a las normas, ni a la concepción de un modo de vida que busca la realización del ser humano.

Nuestro análisis de Evagrio se centrará en su tratado *Sobre la oración*<sup>22</sup>, porque a nuestro juicio es la obra en la que aparece de un modo más directo y sencillo una visión de la importancia de alcanzar la vida buena, de la relevancia de hacer de la vida humana una obra de arte, que sea reflejo del esplendor de la divinidad. Ese ser ‘imagen y semejanza’ del Dios creador, del Dios todopoderoso, del Dios clemente comporta que la vida humana tenga un fin, que haya de ser desplegada en la búsqueda de una meta que exige, para ser lograda, no un mero hacer, sino todo un compromiso de excelencia en el que el hombre ha de desplegar la mejor versión de sí mismo. Hemos pues de caminar, desde la ‘tierra’ hasta el ‘cielo’ y para eso nuestro actuar ha de ser educado, cuidado, atento, virtuoso... Evagrio lo anuncia sin miedos: “que las virtudes corporales te conduzcan hacia las del alma y las del alma hacia las espirituales. Y éstas, a su vez, hacia el conocimiento inmaterial y esencial”<sup>23</sup>.

No es casual que sea en este tratado donde se produzca de un modo más claro ese punto de encuentro entre Dios y el hombre. Justamente si la oración es algo es la prueba efectiva de esa conexión en la que se produce una cierta unión entre lo divino y lo humano. Orar es un hecho que acaece en el espacio y en el tiempo, no es algo imaginario o irreal, sino todo un escenario en el que convergen realidades aparentemente separadas. La oración es un encuentro personal, profundo, íntimo en el que se desencadenan una serie de consecuencias que abarcan la totalidad del ser humano.

No estamos ante un ejercicio retórico ni ante el fruto evanescente de un proceso imaginativo, sino que nace desde lo más radical de la interioridad. La antropología evagriana<sup>24</sup> no concibe al ser humano como un conglomerado de facultades, sino como un ser dotado de sensibilidad e inteligencia, de cuerpo y alma, de espíritu, y todo ello en una peculiar síntesis armónica e interconectada en la que la condición de criatura racional querida por Dios hace que la sensibilidad ocupe un lugar adecuado para degustar de su Creador, y la inteligencia busque la plenitud del saber. “La oración es el coloquio del intelecto con Dios.

22 Cf. Evagrio Póntico, *Obras espirituales*. 2ª ed. (Madrid: Ciudad Nueva, 2020). En adelante citaremos el tratado *Sobre la oración* siempre por esta edición.

23 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 132, 268.

24 Cf. Rubén Peretó Rivas, *Evagrio Póntico y la acedia* (New York: Peter Lang, 2018, Capítulo 2. Algunos aspectos de la antropología de Evagrio Póntico).

¿Qué estado requiere entonces el intelecto para que pueda tender hacia su propio Señor sin desviarse y dialogue con Él sin ningún intermediario?”<sup>25</sup>.

El encuentro es coloquio entre dos seres personales, un coloquio en el que la inteligencia aspira a ese trato íntimo, delicado, único con quien es su Padre. El estado que la oración requiere no es sólo, ni siquiera, una cuestión mental, sino una actitud de entrega total de todas las potencias, de todas las capacidades, de toda la sensibilidad y de todo el entendimiento. Todo aquello que pueda desvirtuar el encuentro ha de ser despreciado; nada que distraiga puede ser admitido: se trata de un diálogo total sin intermediarios, sin distracciones, sin mediaciones. Santa Teresa llamaba a la imaginación ‘la loca de la casa’, y Evagrio, con mucha agudeza remarca: “no representes en tu interior la divinidad cuando ores, ni consientas que se modele en tu intelecto forma alguna; antes bien, corre inmaterial hacia lo inmaterial y comprenderás”<sup>26</sup>.

No hay necesidad de mediación formal. No se requiere una determinada imagen de la divinidad para hacer fluir la oración. Es más, parece inadecuado que cualquier proceso material se interponga entre Dios y quien ora. Aunque humanamente nos resulte prácticamente imposible prescindir de una mediación material-formal, aunque nos resulte complicado acallar la imaginación, el fruto final nos espera: *comprenderás*... Ese vestigio del filosofar neoplatónico en el que hay una invitación a ir más allá del ser, más allá de la razón, más allá... se cumple en estas recomendaciones sobre la oración. A los seres humanos nos gusta definirlo todo, atribuir un aspecto concreto a lo que ‘sabemos’ que es inmaterial, parece que necesitamos dar un aspecto, una forma, una cantidad, una figura a aquello que no lo tiene, como para procurar tratar lo infinito de manera finita.

De ahí una advertencia clara: “evita las trampas de los adversarios. Porque suele suceder, cuando ores con pureza y tranquilidad, que de repente se te aparezca una forma desconocida y extraña, para llevarte a la presunción de creer que allí está la divinidad, y así persuadirte rápidamente a pensar que la divinidad es cuantificable. Sin embargo, la divinidad no tiene cantidad ni figura”<sup>27</sup>. No se trata de una elección en la que optamos por la vía apofática, en la que intentamos balbucear lo que no cabe en palabra alguna... Se trata de asumir, de una vez por todas, la diferencia entre la criatura y el Creador, una diferencia que es mucho más que una mera cuestión ontológica y epistemológica. Frente al peligro de

25 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 3, 234.

26 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 67, 250.

27 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 68 (67), 251.



enfoques demasiado pegados al antropocentrismo, es necesario posibilitar una apertura hacia lo no definido, haciendo que el propio ser humano pueda llegar a experimentar no sólo el límite de sus capacidades, sino también su riqueza.

La búsqueda de Dios sólo hallará sus frutos en la desnudez, en ese despojarse de los límites, en ese abandono que no es dejadez sino confianza, que no es oscuridad mental, sino iluminación<sup>28</sup>. Todas estas actitudes no son más que el ‘descalzarse’ para no profanar el suelo sagrado; revelan, en el fondo, un profundo respeto ante el misterio, pues lo que buscamos en la oración no es una simple purificación personal, una catarsis de nuestras particulares debilidades, sino algo mucho más importante. Claro que necesitamos liberarnos de nuestras pasiones, pero para eso hemos de llegar a un saber sobre el alma que nos libere de nuestras ataduras: “ora, en primer lugar para ser purificado de las pasiones; en segundo lugar, para ser preservado de la ignorancia; y, por último, para verte libre de toda tentación y abandono”<sup>29</sup>.

En la oración tiene lugar ese encuentro con el reino de Dios, que es justicia, amor, paz (Mt 6, 33), un espacio en el que aparece una especie de imperativo categórico teológico: “busca únicamente en tu oración la justicia y el reino, es decir, la virtud y el conocimiento; y todo lo demás se te dará por añadidura”<sup>30</sup>. La normatividad de ese precepto no viene del consenso ni del libre juego de las facultades, ni del acuerdo socio-político de un determinado territorio, sino que procede de Dios mismo, de su Palabra, una Palabra que tiene el poder de hacer lo que dice.

La oración es un acto de generosidad y de toma de conciencia de la propia finitud. Generosidad porque ha de ser entrega cierta, total, sin límites; toma de conciencia porque es un coloquio del intelecto con Dios. Si unimos las dos perspectivas resulta que nos reconocemos indigentes ante la divinidad, nos sabemos débiles y aún así, lejos de desencadenar un proceso emocional que nos lleve al desánimo o la tristeza, somos capaces de experimentar la alegría de entregarnos por amor al Amor. “El Espíritu Santo, compadeciéndose de nuestra debilidad, nos visita aun siendo impuros todavía, y con sólo hallar nuestro intelecto orando con amor sincero, entra en él, desvanece todo el ejército de razonamientos y

28 Cf. Hans Urs von Balthasar, “Metaphysik und Mystik des Evagrius Ponticus”, *Zeitschrift für Ascese und Mystik* 14 (1939): 31-47; Cuthbert Butler, *Western Mysticism* (London: E. P. Dutton and Company, 1924); Alois Dempf, “Evagrius Pontikos als Metaphysiker und Mystiker”, *Philosophisches Jahrbuch* 77 (1970): 297-319; y Heinrich Bacht, “Euagrios Pontikos”, Gerhard Ruhbach y Josef Sudbrack, eds., *Grosse Mystiker, Leben und Werke* (München: Beck, 1984), 36-50.

29 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 38 (37), 242.

30 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 9 (38), 242.

pensamientos que lo envuelve y lo empuja al amor de la oración espiritual”<sup>31</sup>. Ese amor y esa sinceridad con respecto a Dios y a nosotros mismos tiene como fruto el don de la oración espiritual que es un peculiar empujón amoroso cuya primera consecuencia es que nuestros queridos razonamientos se esfuman como la ‘casi-nada’ que son...

Si orar es acoger un don hemos de estar alerta<sup>32</sup> para no desperdiciar esa caricia que libre, voluntaria y amorosamente Dios mismo nos hace a cada uno de nosotros. Somos visitados por la divinidad, lo cual nos debería hacer considerar el valor infinito de nuestra naturaleza y el rango absoluto de nuestra dignidad. Y es que como afirma Evagrio “la oración es la actividad propia de la dignidad del intelecto o, dicho de otro modo, la ocupación mejor y adecuada de éste”<sup>33</sup>. Esta sentencia nos debería hacer recapacitar sobre la potencialidad de nuestras capacidades sensitivas e intelectivas y, más especialmente, nos debería llevar a plantearnos la verdadera finalidad de nuestra vida, el auténtico propósito de la condición humana<sup>34</sup>.

Toda vida alcanza su fin en el encuentro con Dios, ése es su verdadero *télos*. No se trata de ir a Dios como acude un pedazo de hierro hacia el imán, pues el metal no es libre de ser atraído. Sin embargo, la plenitud de vida del ser humano sólo se verá lograda en ese regresar a la casa del Padre, pero no en el momento de la muerte, no de manera triste o fúnebre, sino a cada instante, con la alegría del que se sabe hijo de Dios, como quien acude a un banquete para ser saciado. En la oración se cumple, en el espacio y el tiempo de nuestra vida humana, ese carácter último, escatológico, en el que podremos contemplar una tierra nueva y un cielo nuevo.

Orar es lo mejor y lo más adecuado que puede hacer el ser humano... ¿A quién le extraña? ¿Acaso hemos olvidado la verdad y la hermosura de las palabras de Agustín en el capítulo primero del libro primero de sus *Confesiones*? Pues no estará de más recordarlas: “grande eres, Señor, e inmensamente digno de alabanza; grande es tu poder y tu inteligencia no tiene límites. Y ahora hay aquí un hombre que te quiere alabar. Un hombre que es parte de tu creación y que, como todos, lleva siempre consigo por todas partes su mortalidad y el testimonio de su pecado, el testimonio de que tú siempre te resistes a la soberbia humana. Así pues, no obstante su miseria, ese hombre te quiere alabar. Y tú lo

31 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 63 (62), 249.

32 Cf. Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 70 (69), 21.

33 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 84, 256.

34 Cf. Augustine M. Casiday, “Deification in Origen, Evagrius and Cassian”, en *Origeniana Octava*, ed. por Lorenzo Perrone (Leuven: Leuven Universitu Press & Peeters, 2003), 995-1001.

estimulas para que encuentre deleite en tu alabanza; nos creaste para ti y nuestro corazón andará siempre inquieto mientras no descanse en ti”<sup>35</sup>.

Es hermoso, pero no es tarea fácil, entre otros pequeños detalles por la perfecta indefinibilidad de Dios, un Dios que al mismo tiempo se nos hace presente y es inaprehensible, que sale a nuestro encuentro y al que no reconocemos fácilmente (tal vez sí cuando nos explica las Escrituras o parte para nosotros el Pan...), que nos ha creado para Él y al que le damos la espalda no sólo con nuestra mirada sino con nuestro amor propio, nuestro egoísmo y nuestra falta de delicadeza. Y aún así Evagrio se empeña en recordarnos que estamos a tiempo, que aún todo es posible, que Su gracia está a tiro de nuestro intelecto en la oración y lo tematiza en lo que podríamos calificar como unas bienaventuranzas estético-filosóficas y que podemos sintetizar con sus propias palabras así: “dichoso (*makáriós*) el intelecto que en el tiempo de la oración alcanza una perfecta indefinibilidad (*teleían amorfian*)”<sup>36</sup>; “dichoso el intelecto que, orando sin distracción, acrecienta constantemente su deseo de Dios (*pleioma póthon áei pròs Theòn proslambánei*)”<sup>37</sup>; “dichoso el intelecto que, en el tiempo de la oración, llega a ser inmaterial y a estar desasido de todo (*áúlos kai àctêmon*)”<sup>38</sup>; “dichoso el intelecto que, en el tiempo de la oración, alcanza una perfecta insensibilidad (*teleían ánaisthesían*)”<sup>39</sup>; dichoso quien se cree “el desecho de todos”<sup>40</sup>; dichoso el que “mira la salvación y el progreso de todos como propios con total alegría”<sup>41</sup>; dichoso quien “considera a todos los hombres como Dios, después de Dios”<sup>42</sup>.

La perfecta indefinibilidad de Dios, su constante deseo, el desasimiento radical, la insensibilidad absoluta, junto con la humildad y la total alegría, sin olvidar que los demás son *alter Christus, ipse Christus...* He ahí la dicha, la contemplación cara a cara de Dios mismo en Dios mismo, la bienaventuranza. Todo ello gracias al silencio de las pasiones, al despliegue del intelecto; gracias a una transformación del propio ser humano que deviene puro silencio, silencio puro, y cuya soledad es habitada por la presencia de Dios que nos regala, porque es don, la quietud...

35 San Agustín, *Obras de San Agustín. Las Confesiones* (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1974-1979), vol. II.

36 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 117, 265.

37 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 118, 265.

38 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 119, 265.

39 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 120, 265.

40 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 121, 266.

41 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 122, 266.

42 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 123, 266.

Llegamos al hesicasmo<sup>43</sup>, esa forma de vida contemplativa en la que, en la soledad y en el silencio, la divinidad nos ofrece la gracia de una oración continua, recogida, interior y exteriormente. Así la oración es alegría en la paz, plenitud en la serenidad, un especial temple de ánimo en el que todo se detiene porque Dios nos habita. Paradójicamente en el yermo del desierto todo es oasis de gracia; en el recogimiento interior la totalidad nos sacia; en el retiro exterior experimentamos que todo nos acompaña<sup>44</sup>. La *hesychía* ya no es soledad sino plenitud, es mucho más que un estilo de vida o una ciencia o una técnica<sup>45</sup>. En el espíritu se recogen los frutos de la serenidad (*amerimnía*) que deviene sobriedad (*nepsis*) en la que sólo cabe el ayuno, porque estamos saciados de todo. Ahora bien, para lograr ese ayuno de las pasiones, de las distracciones, de los afectos, para alcanzar ese ayuno de la voluntad, del entendimiento y del corazón antes es preciso todo un camino de virtud, un camino en el que la unión con Dios nos da la *virtus* de la contemplación<sup>46</sup>. En esa vía la estética y la ética se alían haciendo de la vida humana una hermosa travesía<sup>47</sup>.

### III. UN COMPENDIO DE VIRTUDES: ESTÉTICA, ÉTICA Y TEOLOGÍA

Tanto en la ética como en la estética la normatividad es relevante, pero el sustrato que fundamenta todo el aparato normativo es, en el fondo, valioso, permanente, estable, único, admirable, deseable, algo, en definitiva, por lo que merece la pena entregar la vida a una indagación exigente, ardua. Aún más, algo que hace de la vida humana una experiencia única, incomparable: una obra de arte creada por el más excelso artista. Sólo así la vida se hace de verdad excelente.

La excelencia está en el núcleo de la ‘*areté*’, no porque la virtud sea sin más una capacidad que produce efectos positivos, sino porque esa disposición habitual para hacer el bien se amplifica de manera muy eficiente cuando se apoya en la

43 Cf. Irénée Hausherr, *Hésychasme et prière* (Roma: Pontificium Institutum Studiorum 1966).

44 Cf. Tomas Spidlik, *La spiritualité de l'orient chrétien* (Roma: Pontificium Institutum Studiorum 1978).

45 Cf. Tullo Goffi y Bruno Secondin, eds., *Problemas y perspectivas de espiritualidad* (Salamanca: Sígueme, 1986), 122-136.

46 Cf. Irénée Hausherr, *Les leçons d'un contemplatif: le traité de l'oraison d'Évagre le Pontique* (Paris: Beauchesne, 1960).

47 No puede extrañar que los textos de Evagrio fueran incluidos en la *Filocalía*, esa compilación de autores del cristianismo del oriente que fue publicada gracias a la generosidad de Juan Mavrocordato, un príncipe rumano, y al trabajo del obispo de Corinto Macario (1731-1805) y del monje del monte Athos Nicodemo el Hagiorita (1749-1809). Este ‘libro’ es un tesoro para toda la cristiandad en la que la inteligencia mística, la sobriedad y la contemplación (Una selección de esos textos se puede consultar en *La Filocalía*, 4ª ed. (Salamanca: Sígueme, 2019).

belleza. Cabe así hablar de una estética de las virtudes en el sentido de que la belleza fortifica al ser humano y engendra en él potencia, poder... Genera un impulso siempre hacia lo alto, la conciencia de un origen que está más allá de toda cosa bella, la evidencia de una connaturalidad con la belleza misma, con la cual ha de reencontrarse, a la cual ha de regresar. Ahí radica ese cumplimiento acabado que comporta la virtud.

Para Evagrio la virtud es el verdadero alimento del alma: “como el pan es el alimento del cuerpo y la virtud del alma (*kaì áretê té psychê*), así también la oración espiritual es el alimento del intelecto”<sup>48</sup>. Aún más, “como la vista es el mejor de todos los sentidos, así también la oración es la más divina de todas las virtudes (*pasôn tôn áretôn proseuchê theiotéra*)”<sup>49</sup>. Esto supone que cuerpo, alma y espíritu<sup>50</sup> culminan en la oración, es decir, estética, ética y teología son un *continuum* que llevan al ser humano a su verdadero fin, a su más hermosa meta, al encuentro con Dios mismo. Y si la oración es la más divina de las virtudes nos proponemos ahora cartografiar ese ámbito de la virtud en esta obra de nuestro filósofo del desierto, pues sus capítulos están llenos de referencias explícitas a todo un abanico de virtudes que entran en juego en la oración. Para llevar a buen término esta compleja tarea nos permitimos dividir todo ese vasto espacio en tres grandes territorios: la voluntad, la inteligencia y el corazón. Esta división está fundada en aspectos estéticos y éticos de la antropología evagriana, pero somos muy conscientes de que alguna de las virtudes tiene ‘alma’ de frontera, o lo que es lo mismo, podría pertenecer a varios de esos ámbitos al mismo tiempo.

La estética, en tanto que teoría de la sensibilidad, tiene un alcance mucho mayor que el de las meras sensaciones recogidas por los sentidos. En la estética, como en la ética, se articulan sentimientos que llevan a tener experiencias; actos que configuran nuestra existencia; y conocimientos, de los que se sirve para esclarecer no sólo el gusto, sino también los medios y los fines<sup>51</sup>. Este modo de concebir lo estético nos permite que podamos trazar en el tratado *Sobre la oración* toda una serie de itinerarios que perfilan nuestra sensibilidad, educan nuestra voluntad y asisten a nuestra inteligencia. De ahí que nos parezca que la oración puede ser considerada como un compendio de virtudes estéticas de la voluntad, la inteligencia y el corazón.

48 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 101 260.

49 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 150, 274.

50 Cf. Franz Rüsche, *Das Seelenpneum. Seine Entwicklung von der Hauchseele zur Geistseele. Ein Beitrag zur Geschichte der antiken Philosophie* (Paderborn: Schöningh, 1933).

51 Cf. Rubén Peretó Rivas, “Conocimiento e ignorancia en Evagrio Póntico”, *Cauriensia* IX (2014): 75-93.

## 1. VIRTUDES DE LA VOLUNTAD

En una lectura atenta de este peculiar tratado se van desgranando toda una serie de virtudes con las que nuestro autor va marcando el seguro camino para acceder al escenario propio en el que puede acontecer la oración espiritual. Resulta obvio que nuestra clasificación de las virtudes no responde a los criterios habituales, pero consideramos que esta división ofrece un potencial peculiar para entender la profundidad estética y metafísica de los escritos evagrianos.

Como virtudes propias de la voluntad aparecen un buen número y sería imposible abordarlas todas, pero, a nuestro juicio, las más destacadas son: el desprendimiento, la pobreza, la paciencia, la reciedumbre, la perseverancia y la humildad. Atrevámonos a comentar, aunque sea brevemente, algo sobre cada una de ellas.

Todo camino de ascesis comienza con el *desprendimiento* que es un acto de desposesión voluntaria que implica generosidad, largueza y desapego. Si pretendemos que nuestra oración sea profunda, hemos de conseguir que, poco a poco, nos separemos no sólo de la carne, sino también de todos aquellos pensamientos que tienen su origen en la sensación, que residen en la memoria, incluso en el temperamento<sup>52</sup>. De este modo podremos llegar a la piedad auténtica, al verdadero ámbito de la oración.

Hemos de conseguir desatarnos de las cosas materiales y de las preocupaciones que nos agitan. Por eso no es fácil llegar al desprendimiento, porque podría parecernos que estamos prescindiendo de nosotros mismos... Y en efecto es así. Si no dejamos de ser el centro de nuestro propio universo, no conseguiremos nada. Mientras nos empeñemos en nuestros deseos, en nuestras ideas, en ‘nuestras cosas’, la oración será inútil, no será. Hemos, pues de renunciar a todo para de ese modo heredarlo todo<sup>53</sup>.

En la oración nos espera el lote de nuestra heredad, es como nuestra llegada a la tierra prometida: “si a Moisés, al intentar acercarse al lugar de la zarza ardiente, le fue prohibido hacerlo hasta que se desató las sandalias de los pies, ¿cómo tú, deseando ver a Aquel que trasciende toda sensación (*aísthésin*) y pensamiento (*énnoian*), quieres llegar a ser su constante compañero, no te desprendes de todo pensamiento apasionado? (*ou lueis èk sou pân nóëma èmpathés*)”<sup>54</sup>.

52 Cf. Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 62 (61), 248.

53 Cf. Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 37 (36), 242.

54 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 4, 235.

La perfecta compañera del desprendimiento es la *pobreza*. Ésta no es aquí una carencia de lo necesario para vivir, sino una afirmación de la única cosa importante: no poseer nada al ser poseído por Dios. Es éste el momento perfecto para cumplir ese consejo evangélico que Cristo le da al joven rico, y, en él, a todos nosotros que, como él, nos creemos a salvo de todo mal porque no matamos, no mentimos, no robamos... En las palabras de Evagrio del Ponto suena tan rotundo como en las de Jesús de Nazaret: “ve, vende cuanto posees y dalo a los pobres; y tomando tu cruz, niégate a ti mismo para que puedas orar sin distracción”<sup>55</sup>. En este texto se unen dos momentos cuya fuerza espiritual es única. El primero, como anticipábamos, el encuentro con el joven rico. Alguien que, desde su óptica miope, parece autojustificado y que, sin embargo, en el encuentro con Cristo, en lugar de disfrutar de la alegría de estar con el Salvador, se va triste y solo. Ha perdido la mejor ocasión de su vida. Ha desperdiciado estar cara a cara con el Señor, recibir su consejo y su cariño, su saber y su abrazo redentor.

El segundo momento recuerda esa petición a los apóstoles en Getsemaní, cuando les ruega que le acompañen en su vigilia de oración para no desfallecer, y les pide que oren sin cesar... Los apóstoles, y tú y yo también, caen dormidos y abandonan al Cristo vivo y sufriente. No fueron, ni somos, capaces de velar con Él. Y la razón de ese fracaso es clara, y Evagrio nos la recuerda: para permanecer en el Señor hemos de coger nuestra cruz, hemos de negarnos a nosotros mismos... Ésa es la verdadera pobreza que nos hace ricos: compartir la cruz, ser siempre Simón de Cirene, con dolor, pero por amor, con dolor de amor que nos lleva a amar el dolor del Amor.

¿Qué dice quien es Palabra de Dios en Getsemaní? *Hágase Tú voluntad...* por eso nuestro Padre del desierto nos recuerda: “no ores para que se cumpla tu voluntad, pues no se ajusta completamente a la voluntad de Dios. Antes bien, ora según te fue enseñado diciendo: «Hágase en mí tu voluntad»; y así, en todas las cosas pídele que se realice su voluntad, puesto que Él desea lo bueno y conveniente para tu alma, mas tú no siempre buscas esto”<sup>56</sup>.

A veces tontamente nos olvidamos de un hecho sencillo: el camino de la cruz es siempre un *via crucis*. Para recorrer cada una de las estaciones de la vida se requiere de una virtud indispensable: la *paciencia*. La paciencia no es resignación, no es acostumbamiento, no es dejadez, no es asumir sin más las dificultades. No. La paciencia es todo un arte de contemplar la vida con capacidad de sufrir y tolerar la adversidad. No es paciente el que se rebela, el que se queja, el que protesta a

55 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 17, 237.

56 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 31, 240.

cada momento porque las cosas se han torcido. Es paciente quien sabe degustar el dolor con esperanza, quien aguarda tranquilamente que se cumpla la voluntad de Dios.

Quienes han experimentado la gracia de una oración espiritual han concluido con sencillez que ‘la paciencia todo lo alcanza’ (Teresa de Jesús) o que lo propio de la paciencia es su capacidad de mantener ‘el ánimo tranquilo’ (Agustín de Hipona), sin olvidar que la prueba de fuego de la paciencia es la tristeza, justamente porque no huimos de la dificultad (Tomás de Aquino). Por muy duras que sean las tristezas el ser humano que no se aparta del bien de la virtud, ése es el verdadero ‘paciente’<sup>57</sup>. Evagrio, incluso, va más allá porque afirma: “si eres paciente, siempre orarás con alegría”<sup>58</sup>.

En esa unidad paciencia-alegría se destila otra virtud propia de la voluntad: la *reciedumbre*. Quien es recio es fuerte. Quien es recio tiene capacidad de soportar las dificultades, el dolor, las penas, los sinsabores. Quien es recio posee un vigor que va más allá de lo meramente material, de lo meramente corporal. La reciedumbre así entendida es un saber olvidarse de uno mismo, es un no estar pendiente de lo que uno desea o le apetece y sabe encarar esas cosas pequeñas o grandes que nos incomodan cada día. Un consejo sencillo para ejercitar esta virtud: “pasa por alto las necesidades del cuerpo cuando estés en oración, a fin de que ni por la picadura de un mosquito o de una mosca, pierdas el enorme beneficio de tu oración”<sup>59</sup>.

Tiene mucho de autodominio, pero es más que eso, porque la meta no está en el gobierno del cuerpo sino en hacer que todas nuestras potencias y todas nuestras capacidades se orienten a la voluntad de Dios. Evagrio aconseja: “mantén quieta tu mirada durante la oración y abnegando tu carne y tu alma, vive según el intelecto”<sup>60</sup>. Vivir según el intelecto no es vivir en el propio interés ni en el resentimiento ni en la búsqueda del beneficio propio, sino vivir cara a Dios, intentar contemplar a Dios cara a cara. Es una tarea, sin lugar a dudas, ardua.

El Evangelio de Mateo (10, 21) recuerda: *quien perseverare hasta el final se salvará*... La perseverancia parece más una gracia que una virtud. Ambas, gracia y virtud, no son excluyentes. La perseverancia es lo más parecido a un certificado de santidad, si es que se puede hablar de este modo. El sendero está lleno de altibajos, de luces y sombras, y requiere nuestro esfuerzo y la ayuda de Dios, al que

57 Cf. Tomás de Aquino, *Suma de Teología*, II-II q.136, a. 4, ad. 2.

58 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 23, 238.

59 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 105, 261.

60 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 110, 263.



hemos de pedir incesantemente<sup>61</sup> que nos asista. “No te aflijas si no recibes inmediatamente de Dios lo que pides; porque el Señor quiere hacerte un bien aún mayor perseverando con Él en la oración. ¿Qué hay, en efecto, más sublime que dialogar con Dios y ocuparse en el trato con Él?”<sup>62</sup>.

Cuando el perseverar nos cansa podemos pensar en lo desgraciada que resultó ser la vida del ‘hijo pródigo’ cuando abandonó a su padre. Estaba con él, cada día, y se cansó, y prefirió sus propios planes, y se fue de casa y malgastó su vida y su fortuna, perdió su honra porque dejó de saberse hijo de su padre... Sin embargo, a su regreso su padre nada le reprochó: le revistió con sus mejores telas, le puso un anillo para recordar su estirpe, mató el ternero cebado para celebrar el banquete que es estar en la presencia del padre. La perseverancia es una paciencia sobrenatural en la que la voluntad del ser humano se gloria en hacer la voluntad del Padre.

¿El fruto de la perseverancia? El banquete pascual, vivir la vida de Dios, aunque no deberíamos olvidar que esa vida pasó por la Cruz: “no creas que has adquirido ya la virtud sin haber combatido por ella hasta la sangre, pues es necesario oponerse al pecado hasta la muerte, como luchador irreprochable”<sup>63</sup>. Perseverar puede implicar dar la vida en condiciones extremas, pero lo común será que la perseverancia sea la entrega silenciosa de la vida de cada día, que no es un heroísmo menor que el del martirio.

Todas las virtudes de la voluntad convergen hacia una: la *humildad*. Una humildad contra el Adversario<sup>64</sup>; una humildad que es lucha contra nosotros mismos. Puede ser tan peligroso un demonio como una pasión, una mala idea como un mal sentimiento. La humildad es andar en verdad<sup>65</sup>, la verdad de nuestra poquedad, la verdad de nuestra nada. “Preocúpate por adquirir una buena humildad y valor, y las vejaciones de los demonios no tocarán tu alma ni el flagelo se aproximará a tu tienda, porque a sus ángeles dará órdenes de custodiarte y ellos apartarán de ti invisiblemente toda acción contraria”<sup>66</sup>. Contamos con la fuerza de nuestra debilidad que, lejos de ser una paradoja, nos protege, porque es esa misma conciencia de nuestra nada la que nos invita a pedir ayuda a lo alto. Y, además, como la generosidad de Dios es tanta como su ternura, el Señor nos regala el ser custodiados por sus ángeles. Sí, son los mismos ángeles del cielo quienes tienen el encargo

61 Cf. 87, 256: “insiste y lo recibirás”.

62 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 34, 241.

63 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 136, 269-270.

64 Cf. Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 135, 269.

65 Cf. Teresa de Jesús, *Obras completas* (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2018, *Moradas*, VI, 10).

66 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 96, 259.

de protegernos –como asegura este texto que acabamos de citar– para que ninguna acción del Maligno nos produzca una herida mortal.

Contar con la ayuda de Dios a través de sus ángeles puede hacernos pensar que toda esa ‘riqueza’ que recibimos se debe a nuestros propios méritos, pero no es así. Todo es gracia, todo es don, porque “aunque derrames fuentes de lágrimas en tu oración, de ningún modo te enorgullezcas creyendo estar por encima de la mayoría; pues se trata simplemente de una ayuda que ha obtenido tu oración para que puedas confesar voluntariamente tus pecados y aplacar al Señor con tus lágrimas. No conviertas en pasión el remedio de las pasiones, no vayas a irritar más al que te da la gracia”<sup>67</sup>. Resulta hermoso considerar que la compañía de nuestro ángel custodio es un don más que procede del amor de Dios.

Así pues, no cabe más que recitar los versos del *Salmo* 8: ¿quiénes somos para que pienses en nosotros, Señor?, ¿qué es el ser humano para que lo cuides? Nos hiciste poco inferior a los ángeles, pero quieres coronarnos con tu gloria y esplendor. Siendo nada nos has dado el dominio sobre la obra de tus manos... Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra... Señor, Padre nuestro, no nos dejes caer en la tentación de olvidar que somos barro, que hemos salido de tus manos, y, ya que somos *humus*, danos la gracia de ser *humiles*...

## 2. VIRTUDES DE LA INTELIGENCIA

Para llegar a esa plenitud de la inteligencia que es la oración espiritual hace falta otro buen conjunto de virtudes. En el orden de la inteligencia se requiere la sinceridad, la fijeza, la entrega, la previsión, la confianza y, desde luego, la prudencia. Ésas son las semillas que a voleo deja Evagrio a lo largo de los capítulos que van entretejiendo su tratado.

Su primera recomendación en este sentido es “si deseas orar evita [...] toda falsedad”<sup>68</sup>. La *sinceridad* es una prueba de consistencia, de consistencia ontológica y epistemológica. No cabe engaño alguno ante quien nos ha dado el ser, no cabe tapar las miserias ante quien todo lo ve. Nuestro Padre *ve en lo escondido* (Mt 6, 4). Sería ridículo pretender engañarlo con artimañas, sería absurdo intentar ocultarle nuestras faltas. Él sabe de nuestra flaqueza y cuenta con ella para llevarnos hacia sí. Otra cosa es que nuestro orgullo, nuestra soberbia, nuestra vanidad quieran interponerse entre Dios y nosotros.

67 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 7, 235.

68 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 127, 267.

La clave de la sinceridad está en que no debemos olvidar que nuestros actos son ejecutados siempre ante la mirada de un Dios que nos ama. La misericordia y el perdón deberían hacer que nuestra relación con la divinidad fuera sin trampas. Las reglas del juego están claras, como está claro que no somos infalibles ni imbatibles. La inteligencia que busca a Dios no debería engañarse a sí misma ni sobre la naturaleza divina ni sobre la condición humana. La sinceridad es un compromiso con la verdad, con la búsqueda de un Dios que es la Verdad. No hay motivos importantes para fingir en lo que hacemos o en lo que decimos. La mentira supone siempre descaminarnos, perder el norte, navegar por un mar tempestuoso que terminará por ahogarnos. Ciertamente nuestra vida no estará jamás exenta de peligros ni de tentaciones, pero hemos de ser sinceros siempre porque una de las mayores gracias recibidas es la capacidad de rectificar.

La perseverancia de la inteligencia es la *fijeza*, que hace que nuestras luces se centren y se mantengan, pues “la oración sin distracción es la acción más sublime del intelecto”<sup>69</sup>. La fijeza tiene, al menos, dos dimensiones: por un lado la insistencia; por otro, la firmeza. Desde el punto de vista de la oración espiritual la insistencia es un gesto de quien sabe que será atendido, como nos recuerda ese hermoso pasaje de la Escritura: “En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos una parábola para enseñarles que es necesario orar siempre, sin desfallecer: «Había un juez en una ciudad que ni temía a Dios ni le importaban los hombres. En aquella ciudad había una viuda que solía ir a decirle: “Hazme justicia frente a mi adversario”. Por algún tiempo se estuvo negando, pero después se dijo a sí mismo: “Aunque ni temo a Dios ni me importan los hombres, como esta viuda me está molestando, le voy a hacer justicia, no sea que siga viniendo a cada momento a importunarme”». Y el Señor añadió: «Fijaos en lo que dice el juez injusto; pues Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos que claman ante él día y noche?; ¿o les dará largas? Os digo que les hará justicia sin tardar. Pero, cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?»” (Lc 18, 1-8). Pero la insistencia se hace más fuerte en la firmeza y si esa firmeza no olvida la justicia, entonces, somos testigos de cómo el reino de Dios se está construyendo entre nosotros, en nosotros.

Contribuir a la construcción del reino es un camino de *entrega*. En muchas ocasiones nos gusta imponer nuestro criterio, nuestra visión, nuestra opinión, pero Evagrio nos dice: “no desees que sucedan tus cosas como te parezca, sino como le agrada a Dios; y estarás tranquilo y agradecido en tu oración”<sup>70</sup>. La entrega no es asentimiento ciego, no es una tempestad que hemos de vencer, sino un darse a Dios cuyos frutos degustamos inmediatamente: son la tranquilidad y la gratitud.

69 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 35, 241.

70 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 89, 257.

En realidad deberíamos dar gracias a Dios porque nos hace dignos de servir en su presencia.

La entrega puede comportar sacrificio, pero el sacrificio, antes que una acción dolorosa, es una acción que busca conectar con lo sagrado. De ahí su importancia. Puede que requiera interés y esfuerzo, pero no debemos dejar de pensar que nuestro acto se convierte en una ofrenda a Dios. En virtud de la entrega nos hacemos testigos de que existe algo muy superior a nosotros mismo que merece reconocimiento y veneración. La persona entregada no renuncia a la lucha ni al dolor que supone vencer las adversidades, pero es consciente de que su meta supera toda penuria. Quien se entrega a Dios está a la espera de una relación profunda y directa, personal e íntima, porque no se reserva lo más mínimo de su ser.

No es éste un camino a tientas, sino que requiere *previsión*. Otra virtud clave. Quien es previsor se anticipa, piensa y se prepara con antelación intentando esclarecer qué necesitará, qué le hará falta, cuáles serán las dificultades y, a partir de ahí, procurará estar a la escucha de la voluntad de Dios, procurará de su mirada se asemeje a la de Dios. Cuántas veces nos damos cuenta de que los caminos de Dios no son nuestros caminos... pero el problema está en que nosotros hemos perdido el rumbo. Él siempre está aguardando nuestro regreso.

Si somos previsores tendremos una mayor capacidad y una mayor facilidad para discernir qué es lo que el Señor quiere para nuestra vida. En Evagrio la oración en contemplación: la *pre-visión* y la *theoría* se complementan de manera perfecta, pues en una la mirada es atenta y en la otra es profunda. Previsión y contemplación se fundan en la propia estructura antropológica porque, según el filósofo del desierto, van más allá de la parte concupiscible y de la parte irascible del ser humano y se conectan de manera perfecta con la parte racional. Tanto la previsión como la contemplación son un ejercicio del intelecto que, aunque parta del conocimiento de los seres naturales encuentra su culmen en el conocimiento de la Santísima Trinidad.

“Cuando hayas orado como conviene, teme lo que no es conveniente y disparte virilmente a custodiar el fruto de tu oración. Para esto fuiste formado desde el principio: para trabajar y guardar. Por tanto, después de haber trabajado, no dejes de custodiar lo que has conseguido con tu trabajo; de lo contrario, de nada te habrá servido orar”<sup>71</sup>. La previsión es ese trabajo previo al que estamos llamados para conocer, y guardar la obra de Dios, es esa mirada atenta que nos permite saber qué es lo que conviene para que se complete en nosotros y en el mundo la

71 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 49, 244-245.

acción amorosa de la divinidad. La verdadera previsión implica precaución, prevención, preocupación, es decir, ocuparse en que todo sea como ha de ser.

Aunque todo esto parezca un reto imposible hemos de confiar. La sinceridad, la fijeza, la entrega, la previsión se acrisolan en la *confianza*. La confianza es una virtud de la inteligencia en la que ésta demuestra lo inteligente que ella misma es, porque, por un lado, se ve limitada, pero, por otro, sabe recurrir a instancias superiores a sí misma en las que fundar su firmeza. ¿A quién recurrir? La confianza se vuelve un tesoro en Dios: confiar en Dios y confiar a Dios todo. Poner en sus manos todo y en todo momento, sin dejar de hacer lo que ha de ser hecho por nuestra parte.

“Confía a Dios las necesidades de tu cuerpo y mostrarás que también le confías las del espíritu”<sup>72</sup>. Nuestro mirar es tan chato que la mayor parte de nuestra vida la pasamos preocupados por las cosas de nuestro cuerpo: qué comeremos, dónde viviremos, con qué nos vestiremos... El ya citado capítulo 6 del Evangelio de Mateo nos insiste: “no os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo? Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos. Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe? No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. Así que, no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. A cada día le basta su propio afán” (25-34).

Pero además de los afanes materiales hemos de confiar a Dios las necesidades del espíritu, que son aún mayores y, desde luego, más importantes. En ellas nos jugamos mucho más que los avatares de la existencia: en ellas está en juego la vida eterna. La confianza nos hace descubrir que Dios ha de ser el centro de nuestra existencia, porque está en el origen de nuestra esencia, y por ella estamos llamados a compartir la vida divina. “¿Qué bien hay fuera de Dios? Por tanto, entreguémosle todo lo que nos concierne y nos sentiremos bien (*kai eu êmin ês-*

72 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 129, 268.

*tai*); pues el que es bueno es sin duda proveedor también de dones excelentes<sup>73</sup>. En efecto, no hay ningún bien fuera de Dios. Al confiar plenamente en Él, hacemos entrega de todo nuestro ser, de toda nuestra inteligencia, de todo lo que somos y conocemos, de todo nuestro deseo y de todas nuestras pasiones...

Sin duda la oración espiritual es un don que recibe el intelecto. Pero como tal don no es obra nuestra, sino una dádiva generosa del Creador a su criatura. Por eso hemos de ser prudentes. La *prudencia* nos enseña a medir el verdadero alcance de nuestros actos y, por ello, a darnos cuenta de sus limitaciones. Al experimentar la gracia de Dios en la oración no podemos pensar en ningún momento que toda esa luz es fruto de nuestro esfuerzo. Eso sería engañarnos, eso sería incurrir en una falsedad cuyo origen no es otro que la soberbia. Y el camino de la soberbia lleva a la vanidad, la vanidad al orgullo y toda esa espiral se amplifica en la ira. No es casual que el filosofar de Evagrio se detuviera con agudeza y radicalidad en el análisis de lo que él denominaba los ocho malos pensamientos<sup>74</sup> que, en el fondo, no son sino toda una taxonomía de los pecados capitales. Todos ellos llevan a la muerte espiritual, pero además nos hacen insoportables<sup>75</sup> y nos llevan a que seamos auténticos demonios para todos los que nos rodean.

“Si evitas la ira, hallarás la misericordia, demostrarás que eres prudente y serás contado entre los hombres de oración<sup>76</sup>. La oración es un don misericordioso que acoge quien es prudente, quien espera ser un sencillo siervo de la viña del Señor, quien reconoce que es capaz de la ira porque cae con frecuencia en el orgullo, que es capaz de la vanidad porque es soberbio, pero que reconoce que también posee la capacidad de rectificar y pedir perdón. Ser prudente es ser capaz de pensar en las propias debilidades y en las fortalezas, es considerar detenidamente qué hacer o qué dejar de hacer ante determinadas circunstancias. Ser prudente es modificar la acción para no caer en el mal. Ser prudente es discernir lo que está bien de lo que está mal y proponer actuar conforme a la ley de Dios. La prudencia es la sabiduría que nos hace no desfallecer y preparar el camino. La prudencia es la vigilancia del intelecto que mantiene su vela encendida aguardando la llegada de su Señor en la noche.

73 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 33, 241.

74 Cf. Évagre le Pontique, *Sur les pensées* (Paris: Cerf, 1988).

75 Cf. Évagre le Pontique, *À Euloge. Les vices opposés aux vertus* (Paris: Cerf, 2017).

76 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 26, 239.

### 3. VIRTUDES DEL CORAZÓN

La vida humana alcanza su plenitud en el amor. De ahí la importancia del corazón. Lo que aquí denominamos virtudes del corazón es un compendio de actos virtuosos que han de comenzar con la contrición y seguir con la pureza, la magnanimidad, la rectitud, la fecundidad y la alegría.

La *contrición* es toda una gracia que se recibe tras el reconocimiento de que no hemos estado a la altura, tras el arrepentimiento de haber obrado en desacuerdo con la voluntad de Dios. Pero lo mejor es que comporta un propósito de enmienda en el que nuestra capacidad de rectificar aspira a no volver a realizar el error cometido. La contrición tiene un perfil estético único porque está muy cerca de la esencia de la oración: “Ya ores en comunidad ya a solas, esfuérzate en orar no por rutina, sino por sentimiento (*állà aìsthêsei proseuchesthai*)”<sup>77</sup>. Y no debemos olvidar que “el sentimiento propio de la oración es la reverencia acompañada de compunción y de dolor del alma en la confesión de las faltas con secretos gemidos”<sup>78</sup>. Cada una de estas palabras de Evagrio muestran hasta qué punto su vida interior acoge la profundidad de la presencia de Dios.

La reverencia no es tan sólo un gesto corporal sino toda una actitud vital de quien se sabe al servicio del todopoderoso. En la soledad del desierto las prácticas ascéticas la mortificación, la soledad y el silencio son la visibilidad de esa forma de vida reverente y su fundamento es doble: por un lado, el respeto; por otro, la admiración. El respeto al Dios Creador; la admiración ante la obra salida de sus manos. El respeto ante el que todo lo puede; la admiración a quien nos acoge sin reservas. Es lógico que esa relación de intimidad con el Dios vivo genere en la criatura humilde una compunción verdadera. La aflicción y el arrepentimiento brotan como consecuencia sincera en un alma que conoce su propia debilidad. De ahí el dolor del alma, que no es fingido, sino honesto, puro, muy sentido. Toda ésa es la dinámica natural y sobrenatural que lleva al buen creyente, al hijo fiel, a la confesión de sus faltas, con gemidos secretos, pero desde una interioridad que grita al cielo sin querer ocultar su pecado.

Ahora bien todo este proceso catártico no termina en un juicio implacable y sórdido, sino en un gesto que manifiesta la naturaleza misma de Dios que es justicia en la misericordia. La gracia de la virtud de la compunción termina con un don aún mayor: el perdón de Dios. Y en ese saberse perdonado, por la gracia de

77 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 42 (41), 243.

78 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 43 (42), 243.

Dios antes que por los propios méritos, uno recupera la pulcritud de su alma que no es sólo limpieza, sino sobre todo hermosura.

El alma contrita se vuelve aún más hermosa y recomienza a vivir en la *pureza* y “cuando el intelecto ora con pureza e impasiblemente, entonces los demonios ya no se acercan a él”<sup>79</sup>. Obtiene así una especie de blindaje contra los ataques del Maligno. Éste y sus demonios persiguen incansablemente a aquel que intenta orientar su vida en la oración, en la búsqueda de la verdad, en el goce de la belleza que es Dios e intentan que el ser humano se quede anclado en las cosas materiales para que así se olvide de la vida sobrenatural y su existencia sea un mero caminar hacia los inferos.

La pureza no es negación, es afirmación gustosa del amor de Dios cuyo fruto hace que nuestro corazón esté limpio para acoger la presencia de lo divino<sup>80</sup>. Si nuestro corazón se ata a las cosas, a las cuestiones secundarias que aparecen cada día entre nosotros, si se encadena a las pasiones, nuestra alma nunca podrá gozar de la intimidad de habitar en la casa del Señor por años sin término –como nos recuerdan los preciosos versos del *Salmo 23*–, sino que nos quedaremos fuera, desterrados de la felicidad de compartir nuestra vida con quien nos la dio.

“No podrás orar con pureza si te atas a las cosas materiales y estás agitado por continuas preocupaciones, porque la oración en la supresión de los pensamientos”<sup>81</sup>. En la pureza del corazón radica que podamos ver a Dios. Esa pureza está más allá de los sentimientos, está más allá de los pensamientos, está más allá de toda forma y figura, por eso debemos de ayunar de todo aquello que no es Dios mismo. La pureza es liberación de toda servidumbre, de toda idea, de todo aquello que en su concreción quiere hacer manejable la divinidad. La pureza no es manipular a Dios, sino poner toda nuestra existencia en sus manos.

Debemos dejarnos hacer, debemos dejar que las manos del Creador vuelvan sobre nuestro barro y lo amasen, debemos ser re-hechos, re-creados y para eso hemos de ejercitar la *mansedumbre*. Es la única forma de volver a ser quienes en realidad somos. “La oración es un vástago de la mansedumbre y de la ausencia de cólera”<sup>82</sup>. Mansos, dóciles, suaves... nada de brusquedad, nada de terquedad, nada

79 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 73 (72), 252.

80 Cf. Jeremy Driscoll, “Apatheia and Purity of Heart in Evagrius Ponticus”, en *Purity of Heart in Early Ascetic and Monastic Literature*, ed. por Harriet A. Luckman and Linda Kulzer (Collegeville, Minnesota: The Liturgical Press, 1999), 141-159.

81 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 71 (70), 252.

82 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 14, 237.



de ira. Si queremos encontrarnos con Dios, en Dios, porque es nuestro Padre, el camino es la mansedumbre en la que nuestro alma recibe su descanso en lo celeste.

Se trata de no olvidar que nuestro destino es el cielo, que hemos de subir y subir<sup>83</sup>, cada día, haciendo y amando con docilidad el *hágase Tu voluntad*, que rezamos en la única oración que el mismo Jesús nos enseñó. “Ora con rectitud y sosiego; salmodia con inteligencia y armonía y serás como una cría de águila elevándose en las alturas”<sup>84</sup>. Hemos de recordar que el águila en el bestiario medieval<sup>85</sup> ha sido un animal que ha simbolizado, a un tiempo, el sacrificio y el itinerario de la gracia. Su fuerza y su justicia han sido siempre imagen de la virtud. “Como la mayoría de los emblemas del Salvador, el águila representa también al Fiel, su discípulo. La fábula del águila que recobra su juventud simbolizó la resurrección del cristiano lo mismo que la de su Dios. Y la fuente regeneradora cuya agua procuraba al águila una nueva vida fue, en la literatura mística, imagen de la pila bautismal cuya agua regenera las almas [...]. El alma, en efecto, mediante su esfuerzo hacia Dios, se eleva, se exalta y vive así, como el águila, en las regiones superiores: la teología define la oración como «una elevación, una ascensión del alma hacia Dios»”<sup>86</sup>.

La oración no es un trato humano, ni un contrato. La oración es llegar a Dios y vivir con Él, en Él. No es un intercambio de bienes ni un consultorio de quejas. La oración es un saber de Dios, es un degustar a Dios, es una experiencia fundada por Dios, un saberse en Dios: “si eres teólogo, orarás verdaderamente; y si oras

83 Cf. Doris Sperber-Hartmann, *Das Gebet als Aufstieg zu Gott. Untersuchungen zur Schrift de oratione des Evagrius Ponticus*, (Frankfurt am Main: Peter Lang, 2011).

84 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 82, 255.

85 En un bestiario medieval podemos leer: “el águila, reina de las aves, recibe el nombre de su muy dilatada vida, ya que llega a vivir un centenar de años. Cuando envejece se le curva el pico y los ojos se le nublan, de modo que ni puede ver ni puede tomar alimento. De ahí que vuela hacia lo alto y se lanza contra una escarpada roca, en la que golpea su pico; se sumerge en las frías aguas y se expone a los rayos del sol. Entonces caen de sus ojos las legañas y de nuevo se rejuvenece. Tú, pues, hombre espiritual, cuando te veas bajo el peso de la multitud de tus pecados, sube a lo alto –esto es, a la propia conciencia de ti mismo– y arrójate contra la piedra –es decir, la ortodoxia de la fe–; llora la multitud de tus pecados y, tras lavarte en las aguas perpetuas –es decir, las lágrimas–, caliéntate con los rayos del Sol –esto es, acércate al calor de la penitencia en la comunidad de los fieles y en el Santo Espíritu–; arroja las legañas –esto es, los pecados–; enseguida se renovará tu juventud, como la del águila, y serás llamado justo en la presencia de Dios” (*El Fisiólogo atribuido a San Epifanio*, (Madrid: Ediciones Tuero, 1986), 39-40. La edición es de Santiago Sebastián y la traducción de Francisco Tejada Vizuete).

86 Louis Charbonneau-Lassay, *El bestiario de Cristo* (Palma de Mallorca: José J. de Olañeta, 1997), 83.

verdaderamente, eres teólogo”<sup>87</sup>. Así entendida, la teología<sup>88</sup> más que una especulación abstracta es en realidad toda una ciencia de la mansedumbre.

Así podemos mantenernos con *rectitud* en la senda de la salvación. La rectitud siempre tiene una consideración moral<sup>89</sup>, pero su lectura puede ser amplificada. Lo recto tiene siempre un matiz normativo, canónico y eso nos lleva a estar atentos porque muy cerca del camino del bien está el que lleva al mal; muy próxima a la belleza puede habitar la fealdad... La rectitud es un modo de perseverancia en el bien, en la verdad, en la belleza; la rectitud es un modo de mantenernos firmes en la fe, en la esperanza, en el amor, con el convencimiento de que hemos de convertirnos a cada instante pues “es inteligente el hombre que, antes de la perfecta conversión, no rehúye el recuerdo doloroso de sus pecados y de la pena del fuego eterno, como castigo por ellos”<sup>90</sup>.

La rectitud aquieta el mirar de nuestra alma y hace que viva según el intelecto<sup>91</sup>. De este modo sabemos que lo único importante es la caridad. Conocemos nuestras limitaciones, nos arrepentimos, nos ponemos en presencia de Dios y, en conciencia, sabemos que todo es gracia. Nuestro ser rectos no es heroísmo, sino correspondencia, que nace del cariño y del cuidado con el que acogemos la misión de retornar a la fuente de la vida.

De este modo nuestra vida es fecunda. Esa *fecundidad* brota del bien mismo, de la vida misma que es Cristo. “La oración conduce a la perfección a quien hace fructificar para Dios toda su intelección primera”<sup>92</sup>. En la oración estamos ‘dedicados’ a Dios. No hay nada más en nosotros; estamos llenos de Dios, y eso nos da una fuerza creadora tal que Su bondad nos atraviesa, que Su Verdad nos ilumina, que Su Belleza nos colma. Nadie mejor que san Pablo lo expresó cuando nos dijo: “no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí” (Gal 2, 20).

La fecundidad es la virtud del corazón por la que Dios confía en nosotros, se fía de nosotros, nos confía su poder creador para seguir sosteniendo su obra, para que, con Él, participemos de la verdadera excelencia, de la verdadera fuerza, de la verdadera *virtus* que es amar y ser amado, un verdadero amor, un amor bueno, un amor hermoso.

87 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 61 (60), 248.

88 Cf. John Eudes Bamberger, “Desert Calm. Evagrius Ponticus: the Theologian as Spiritual Guide”. *Cistercian Studies* 27 (1992): 185-198.

89 Cf. Santiago Hernán Vázquez, “Vida moral y sabiduría en el pensamiento de Evagrio Póntico”, *Contrastes. Revista Internacional de Filosofía* XXIV-3 (2019): 25-42.

90 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 144, 272.

91 Cf. Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 110, 263.

92 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 126. 267.

Como para no gozar en Él, como para no ser dichosos, como para no vivir en la alegría de sabernos queridos para siempre y por siempre por Él. Nuestra *alegría* es la forma más humana de mostrar la acción divina. El camino de la oración es tan largo como el de la vida. Pero qué seguridad da saber que “el que sufre adversidades, también disfrutará de alegrías, y el que aguanta pacientemente en las desgracias, no se verá privado de cosas gratas”<sup>93</sup>.

Hemos hablado de entrega, de desprendimiento, de perseverancia, de humildad... Cuando dejamos de pensar en nosotros mismos, desaparecen casi todos los males. Cuando dejamos de angustiarnos por nuestras inquietudes, la calma es un bien impagable. Cuando buscamos la paz nos volvemos pacientes y “si eres paciente, siempre orarás con alegría”<sup>94</sup>. Qué buena recompensa a nuestra virtud: paz y alegría en el mismo lote, que es tanto como vida y vida plena, vida buena, vida para Dios. “La oración es fruto de la alegría y del agradecimiento”<sup>95</sup>. La vida de oración es la verdadera vida alegre, que es alegre porque a cada instante vuelve su mirada a Jesús y le dice: gracias. Gracias, porque cada día tuve hambre de Ti y me diste de comer tu propio cuerpo; tuve sed de Ti y me diste de beber tu propia sangre; estuve desnudo y me vestiste con tu gracia; estuve solo y viniste a verme, y te quedaste conmigo para siempre, para siempre, para siempre...

#### IV. CONCLUSIÓN

En el punto en que estética, ética y teología se unen encontramos la fuerza necesaria para desempeñar esa tarea de acceder, contemplar y degustar de la belleza y el bien. Esa fuerza es una ‘*virtus*’, que es, además, una ‘*enérgeia*’ capaz de convertir la existencia no sólo en un empeño por rastrear la belleza del bien, sino que incluye asumir el bien de la belleza. Esa fuerza es la oración, en la que el intelecto, libre de todo, en todo libre, nos lleva a considerar que el encuentro sincero y cotidiano con Dios en una nueva Encarnación que acontece a cada instante.

El alma y el cuerpo en el espíritu, tras una verdadera purificación, reciben el don de la quietud, que es tanto como saber que la Trinidad hace su morada en nosotros, y por eso alcanzamos, gracias a ese perfume de la oración, el *bonus odor Christi* (2Cor 2, 15) que es la esencia misma del orar. Así comienza el tratado *Sobre la oración*: “si alguien quisiera preparar un perfume aromático,

93 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 93, 258.

94 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 24, 238.

95 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 15, 237.

mezclará, conforme a la ley, incienso transparente, canela, ónix y mirra en igual cantidad. Éste es el cuaternario de las virtudes. Si alcanzan su plenitud y obtienen su equilibrio, el intelecto no será traicionado”<sup>96</sup>. El cuaternario de las virtudes (justicia, prudencia, fortaleza, templanza) se hace perfume, conforme a la Ley de Dios (Ex 30, 34) que impregna con su aroma nuestra voluntad, nuestra inteligencia y nuestro corazón para llegar a la voluntad de Dios, a la inteligencia de Dios, al amor de Dios, con fe, en la esperanza, por la caridad.

La búsqueda de la belleza es toda una urgencia para el ser humano. No es un mero divertimento ni una simple posibilidad, ni siquiera una opción que pueda ser desechada. Así, en el trayecto que va de la belleza al bien se va recorriendo un camino que, más allá de lo sinuoso que pueda parecer, termina desvelándose como un verdadero encuentro entre la criatura y el Creador en el despliegue de todas las virtudes que hemos examinado. Ese encuentro no es sin más un escenario escatológico en el que lo humano se topa con la divinidad al final de los tiempos, sino que ha comenzado ya, aquí y ahora ¿Cómo? La respuesta es sencilla: “el que ama a Dios dialoga siempre con Él como un padre”<sup>97</sup>.

Ese encuentro con la divinidad en el que belleza y bien se convierten en una experiencia real, total, única es un diálogo amoroso entre Dios y tú, entre Dios y cualquier ser humano, entre un padre y un hijo, entre el hijo y su Padre. Ese encuentro es la oración de quietud como fruto espiritual de las virtudes, todo un escenario en el que cabe detenerse para llevar a cabo un análisis filosófico en el que ética y estética van de la mano. La estética en cuanto todo el texto de Evagrio es una pura teoría de la sensibilidad humana; la ética en cuanto las virtudes se revelan como la verdadera arquitectónica que sostiene la condición humana y la eleva hacia lo alto.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agustín. *Obras de San Agustín. Las Confesiones*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1974-1979.
- Augustine, Pierre. “Note critique sur deux traités d’Évagre”. *Revue des Études Augustiniennes* 39 (1993): 203-213.
- Bacht, Heinrich. “Euagrios Pontikos”. En *Grosse Mystiker, Leben und Werken*, editado por Gerhard Ruhbach y Josef Sudbrack, 36-50. München: Beck, 1984.

96 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 1, 234.

97 Evagrio Póntico, *Obras espirituales*, 55, 247.

- Balthasar, Hans Urs von. "Metaphysik und Mystik des Evagrius Ponticus". *Zeitschrift für Ascese und Mystik* 14 (1939): 31-47.
- Bamberger, John Eudes. "Desert Calm. Evagrius Ponticus: the Theologian as Spiritual Guide". *Cistercian Studies* 27 (1992): 185-198.
- Bruyere, Edgar de. *Historia de la Estética*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1963.
- Bunge, Gabriel. "Palladiana. I. Introduction aux fragments coptes de l'Histoire Lausiaque". *Studia Monastica* 32 (1990): 79-129.
- Bunge, Gabriel. *La paternità spirituale nel pensiero di Evagrio*. Magnano: Qiqajon, 1991.
- Butler, Cuthbert. *Western Mysticism*. London: E. P. Dutton and Company, 1924.
- Casiday, Augustine M. editor. *Evagrius Ponticus*. London: Routledge, 2006.
- Casiday, Augustine M. "Deification in Origen, Evagrius and Cassian". En *Origeniana Octava*, editado por Lorenzo Perrone, 995-1001. Leuven: Leuven Universitu Press & Peeters, 2003.
- Charbonneau-Lassay, Louis. *El bestiario de Cristo*. Palma de Mallorca: José J. de Olañeta, 1997.
- Contreras, Enrique. "Evagrio Póntico: su vida, su obra, su doctrina". *Cuadernos Monásticos* 11 (1976): 83-95.
- Corrigan, Kevin. *Evagrius and Gregory*. Farnham: Ashgate, 2009.
- Degenhart, Friedrich. *Der heilige Nilus Sinaita*. Münster: Aschendorff, 1915.
- Degenhart, Friedrich. *Neue Beiträge zur Nilus-Forschung*. Münster: Aschendorff, 1918.
- Dempf, Alois. "Evagrius Pontikos als Metaphysiker und Mystiker". *Philosophisches Jahrbuch* 77 (1970): 297-319.
- Draguet, René. "L'Histoire Lausiaque: une oeuvre écrite dans l'esprit d'Évagre". *Revue d'Histoire Écclésiastique* 41 (1946): 321-364; y 42 (1947): 5-49.
- Draguet, René. "Butler et sa Lausiac History face à un ms. de l'édition, le Wake 67". *Le Muséon* 63 (1950): 205-230.
- Driscoll, Jeremy. "Apatheia and Purity of Heart in Evagrius Ponticus". En *Purity of Heart in Early Ascetic and Monastic Literature*, editado por Harriet A. Luckman and Linda Kulzer, 141-159. Collegeville, Minnesota: The Liturgical Press, 1999.
- Evagrio Póntico, *Obras espirituales*. Madrid: Ciudad Nueva, 2020.
- Évagre le Pontique, *Sur les pensées*. Paris: Cerf, 1988.
- Évagre le Pontique, *À Euloge. Les vices opposés aux vertus*. Paris: Cerf, 2017.
- Frakenberg, Wilhelm. *Euagrius Ponticus*. Berlin: Weidmannsche Buchhandlung, 1912.
- Géhin, Paul. "Les développements récents de la recherche évagrienne". *Orientalia Christiana Periodica* 70 (2004): 103-125.
- Goffi, Tullio y Secondin. Bruno (eds.). *Problemas y perspectivas de espiritualidad*. Salamanca: Sígueme, 1986.

- Guillaumont, Antoine. “Un philosophe au désert: Évagre le Pontique”. *Revue d’Histoire des Religions* 181 (1972): 29-56.
- Guillaumont, Antoine. *Un philosophe au désert: Évagre le Pontique*. Paris: J. Vrin, 2004.
- Harmlees, William. *Desert Christians*. New York: Oxford University Press, 2004.
- Hausherr, Irénée. *Hésychasme et prière*. Roma: Pontificium Institutum Studiorum 1966.
- Hausherr, Irénée. *Les leçons d’un contemplatif: le traité de l’oraison d’Évagre le Pontique*. Paris: Beauchesne, 1960.
- Hernán Vázquez, Santiago. “Vida moral y sabiduría en el pensamiento de Evagrio Póntico”. *Contrastes. Revista Internacional de Filosofía* XXIV-3 (2019): 25-42.
- Palladius, *Historia Lausiaca*. Cambridge: Cambridge University Press, 1898.
- Pereté Rivas, Rubén. *Evagrio Póntico y la acedia*. New York: Peter Lang, 2018.
- Pereté Rivas, Rubén. “Conocimiento e ignorancia en Evagrio Póntico”. *Cauriensia* IX (2014): 75-93.
- Piñero Moral, Ricardo. *Vivir en Belleza*. Madrid: Sínderesis, 2021.
- Regnault, Lucien. *La vie quotidienne des Pères du désert en Égypte au IV<sup>e</sup> siècle*. Paris: Hachette, 1990.
- Rousseau, Philip. *Basil of Caesarea*. Berkeley: University of California Press, 1994.
- Rüsche, Franz. *Das Seelenpneum. Seine Entwicklung von der Hauchseele zur Geistseele. Ein Beitrag zur Geschichte der antiken Philosophie*. Paderborn: Schöningh, 1933.
- Sinkewicz, Robert E. editor. *Evagrius of Pontus. The greek ascetic corpus*. New York: Oxford University Press, 2003.
- Socrate de Constantinople, *Histoire ecclésiastique*. Paris: Cerf, 2006.
- Sperber-Hartmann, Doris. *Das Gebet als Aufstieg zu Gott. Untersuchungen zur Schrift de oratione des Evagrius Ponticus*. Frankfurt am Main: Peter Lang, 2011.
- Spidlik, Tomas. *La spiritualité de l’orient chrétien*. Roma: Pontificium Institutum Studiorum, 1978.
- Teresa de Jesús, *Obras completas*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2018.

Ricardo Piñero Moral  
 Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales  
 Facultad de Filosofía y Letras  
 Universidad de Navarra  
 Campus Universitario  
 31009 Pamplona (España)  
<https://orcid.org/0000-0002-7251-8066>